

Salmo 139

“Dios mio, tú me escrutas y me conoces;
Sabes cuándo me siento y cuándo me levanto;
Mis pensamientos calas desde lejos;
Observas si voy de viaje o si me acuesto,
Mis sendas te son todas familiares.
No está aún en mi lengua la palabra
Y ya tú, Dios mio, la conoces entera.
Me aprietas por detrás y por delante,
Y tienes puesta sobre mi tu mano.
A dónde iré lejos de tu Espíritu,
A dónde de tu rostro podré huir?
Si hasta los cielos subo, allí estás tú:
Si en el sélo me acuesto, allí te encuentro.
Si tomo las alas de la aurora,
Si voy a parar a lo último del mar,
También allí tu mano me conduce,
Tu diestra me aprehende.
Aunque diga: “Me cubra al menos la tiniebla,
Y la noche sea la luz en torno a mí”,
La misma tiniebla no es tenebrosa para ti,
Y la noche es luminosa como el día.
Porque tú mis riñones has formado
Me has tejido en el vientre de mi madre;
Te doy gracias por tan grandes maravillas;
Prodigio soy, prodigios son tus obras.

Mi alma conocias cabalmente
Y mis huesos no se te ocultaban
Cuando yo era hecho de lo secreto,
Tejido en las honduras de la tierra.

Mis acciones tus ojos los veían
Todas ellas estaban en tu libro;
Escritos mis días, señalados,
Sin que ninguno de ellos existiera.
¡Cuán insondables son, oh Dios, tus pensamientos,
Que incontable su suma ¡
¡Son más, si los recuerdo que la arena!,
Y al terminar, ¡todavía me quedas tú!.

Amén